



GRISOLIDIS

EDITORIAL
TOR



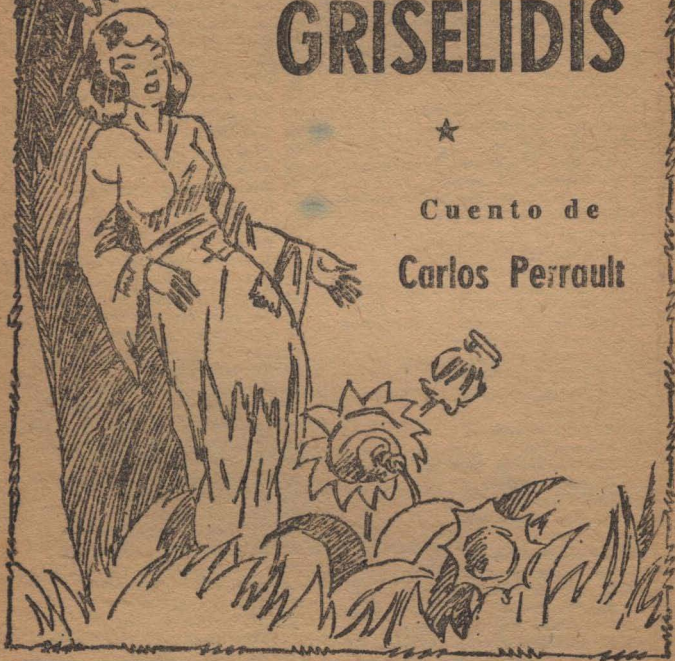
00163326

Horita

GRISELIDIS



Cuento de
Carlos Perrault



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- | | |
|---|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres | 51 El niño raptado |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos | 52 Barba Azul |
| 3 Los príncipes encantados | 53 Tanino el hormiguero |
| 4 La Bella durmiente del bosque | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuerte | 55 El tejedor de Segovia |
| 6 Piel de asno | 56 El príncipe Cododas |
| 7 La princesa y el erizo | 57 La amiguita de los pájaros |
| 8 Alf Babá y los 40 ladrones | 58 La señorita Scuderi |
| 9 La inocente mensajera | 59 Fábulas de Esopo |
| 10 Pinocho en campo de milagros | 60 Constanza |
| 11 El pájaro verde | 61 Nicolás y Nicolásín |
| 12 Pulgarcito | 62 Los rosales de la reina |
| 13 Los maestros cantores | 63 El enfermero del Chacho |
| 14 El rey del río de Oro | 64 Grisélidis |
| 15 Caperucita Roja | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas | 66 Aladino |
| 17 El triunfo del zorro | 67 Genoveva de Brabante |
| 18 Pinocho en la isla de las abejas | 68 La Sirenita |
| 19 La princesa pícarona | 69 Peter Pan |
| 20 Simbad el marino | 70 El patito feo |
| 21 Canción de Navidad | 71 Hombre que vendió su nombre |
| 22 Un viaje maravilloso | 72 Los tres pelos del diablo |
| 23 El niño que se volvió hormiga | 73 Hansel y Gretel |
| 24 El enano Zacarías | 74 La flor del pantano |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo | 75 El buque fantasma |
| 26 El legado del more | 76 La cámara del tesoro |
| 27 El gato con botas | 77 La desobediencia |
| 28 El hada de Granville | 78 El tarro de aceitunas |
| 29 De los Apeninos a los Andes | 79 El mensajero de la corona |
| 30 Menique | 80 La camisa del hombre feo |
| 31 El rey Cuervo | 81 La verdad sospechosa |
| 32 Almendrita | 82 La graciosa Emelia |
| 33 Pinocho en el país de juguetes | 83 El muchacho afortunado |
| 34 El niño perdido | 84 La novia elegida |
| 35 Robin Hood | 85 Las dos estatuas |
| 36 La isla encantada | 86 La botella encantada |
| 37 Pif Paf | 87 El mercader de Venecia |
| 38 La carga liviana | 88 La obligación |
| 39 La alfombra mágica | 89 El favorito ingenioso |
| 40 El pájaro que reía | 90 Los dos ruiseñores |
| 41 La Cenicienta | 91 El ladrón de Bagdad |
| 42 Aventuras del rey Beder | 92 El tambor del regimiento |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 93 El pájaro de oro |
| 44 Pinocho en el fondo del mar | 94 El barbero silencioso |
| 45 Gulliver en el país de enanos | 95 Las tres perlas |
| 46 La bella Dorigen | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules | 97 El príncipe impostor |
| 48 Los zuecos maravillosos | 98 El rey en busca de novia |
| 49 Las tres hermanas | 99 El soldadito de plomo |
| 50 Fábulas de Iriarte | 100 El mercader y la favorita |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



GRISELIDIS

I

EL PRINCIPE JOVEN Y VALIENTE

Al pie de las montañas que circundan el río Po vivía un príncipe que era joven y valiente. Se afanaba por hacer felices a sus súbditos y sólo un melancólico pensamiento turbaba la tranquilidad de su espíritu: creía que todas las mujeres eran astutas y engañosas.

Dedicaba las horas de la mañana a los negocios del gobierno, y la tarde a la caza.

Tanto los cortesanos como el pueblo deseaban que el príncipe contrajese matrimonio; pero a él le asustaban menos los jabalíes y los osos que cazaba que el sexo encantador del que siempre procuraba alejarse.

Un día una comisión lo visitó, y el que la presi-

día, que era un orador de mucha fama, le dirigió un largo discurso, demostrando la necesidad de que una feliz sucesión asegurase el porvenir del Estado. Y el príncipe le contestó:

—Quisiera poder complacerlos, pero no es posible. Estoy convencido de que en el matrimonio no se puede ser nunca feliz cuando son dos a mandar. Si queréis que siga vuestro consejo, seguidme una joven hermosa, modesta, tranquila y obediente. En cuanto la hayáis encontrado —cosa que no espero—, la haré mi esposa.

II

EL BOSQUE DEL HADA

En vano quiso el príncipe concentrar su atención en el deporte al cual era tan aficionado. En su pensamiento estaba latente el discurso del presidente de la comisión que lo había ido a visitar para pedirle que pusiera fin a su celibato.

Preocupado con los deseos del pueblo —que reconocía justos—, se internó por una senda solitaria, desviándose de la ruta de sus acompañantes.

Después de un largo galope se encontró frente a un prado florido; atravesó éste y penetró en un bosque, atraído por una extraña música.

—¿Quién está dando un festín sin haberse acordado de invitar a su soberano? —se dijo.

Pero cuando penetró en el bosque, dispuesto a castigar al osado anfitrión, se encontró con que no había tal festín ni tal música. Las dulces me-



Dedicaba la tarde a la caza...

lodías que habían llegado a sus oídos eran producidas por el viento al pasar entre las ramas de los árboles. ¡Y qué árboles! Eran limpios, bien torneados y con lustre, como si acabaran de salir de una mueblería. El césped parecía una alfombra de Esmirna; los arbustos estaban todos florecidos; los manantiales cantaban con voz de plata, y los arroyos parecían de cristal.

—¿Dónde estoy? —exclamó el príncipe, maravillado.

—Estás en el Bosque Encantado —le contestó un jilguero que desde lo alto de una rama contemplaba la ronda que formaban unas abejas danzadoras alrededor de una rosa.

—¿Y todos sois felices en este bosque?

—Hasta donde podemos serlo en otro bosque cualquiera, pues si bien estamos rodeados de tantas delicias, conservamos, para nuestro mal, los defectos de siempre, que nos martirizan más que a nuestros hermanos de afuera, pues los debemos contener para no perturbar el sueño del hada.

—¿Ningún animal es feliz, entonces?

—Sí; los hay felices.

—¿Cuáles son? —preguntó, ansioso, el príncipe.

—Búscalos —exclamó el jilguero, por toda respuesta. Y, como si deseara no dar más explicaciones, levantó el vuelo y se perdió entre la fronda marcando el compás de una gavota que estaba lanzando el viento.

—Buscaré al animal feliz, y cuando lo encuentre, le preguntaré en qué consiste su felicidad. Tal vez siguiendo su ejemplo pueda dar fin a mi martirio.



Un hermoso lugar, bordeado por arroyos...

III

LA BELLA PASTORA

Pero en una de esas, tomó el príncipe, por equivocación, un camino desconocido. Cuando se dió cuenta, ya era tarde. Ninguno de sus hombres lo había seguido. Aunque pretendió orientarse, cada vez se separaba más de los cazadores. Ya no oía el sonido de los cuernos de caza ni el ladrido de los perros, ni el relincho de los caballos, ni los gritos de los hombres.

Se hallaba en un hermoso lugar bordeado por

claros arroyos y tapizado por verde y fresco pasto. Le impresionó tan agradablemente la naturaleza de aquel lugar, que bendijo mil veces haberse extraviado.

Cuando más absorto estaba en la contemplación de tanta belleza, sintió heridos su corazón y sus ojos por el objeto más lindo que había visto en su vida: una joven pastora que hilaba en la orilla de un arroyo.

Dominado por una emoción desconocida, se acercó tímido y tembloroso a la pastora, le manifestó que se había perdido y le preguntó si habían pasado por allí sus monteros.

—Nadie ha turbado esta soledad —respondió la niña—. Nadie más que vos ha venido a este escondido paraje; pero no paséis cuidado, que yo os guiaré.

Como sintiera sed, se inclinó sobre el borde del arroyo para beber en su cristalina corriente.

—Esperad un momento —le dijo la pastora, deteniéndolo.

Corrió a su cabaña y regresó con una taza de barro, que al príncipe le pareció mejor que las primorosamente cinceladas copas de su palacio.

Bebió alegremente y siguió luego a su bella guía.

Llegaron a un paraje sombrío y fresco desde el que se veían a lo lejos los dorados tejados del palacio. Después de separarse como dos buenos amigos, el príncipe se dirigió a su mansión y la pastora regresó a su humilde morada.

De regreso a su casa, la gentil pastora le contó a su anciano padre el encuentro que tuvo con



Una taza de barro, que al príncipe le pareció...

el príncipe. Y hablando de su afabilidad, de su apostura y de su gracia, echó a volar su imaginación en alas de la fantasía y terminó por confesar que le gustaría ser princesa.

Entonces su padre le dijo:

—¿Crees que todas las princesas son felices?

—Sí que lo creo. Pues no tienen por qué no serlo.

—¡Pobre Grisélidis! Tu poco conocimiento del mundo te hace decir semejante disparate. Para que sepas que ni entre la gente más poderosa existe la felicidad, te contaré lo que le pasó a la hija de un rey vecino.

Y el anciano habló así...

IV

LA HERMOSA PRINCESA

Había una vez un rey que tenía una hija muy linda y aficionada como pocas a la soledad de los campos. Su padre, que la amaba con locura, había construido para ella los palacios más suntuosos y organizaba en su honor las más brillantes fiestas. Pero ni los palacios ni las fiestas satisfacían a la princesa tanto como sus paseos por los bosques y las praderas. Por eso todos los días que el tiempo se lo permitía, salía a recorrer los lugares más solitarios, especialmente un manso arroyo que en un recodo presentaba como una escalinata tallada en la misma roca y que una tradición del lugar decía que conducía al palacio de las hadas. Sin embargo, el último peldaño ter-



La tristeza de vuestra hija...

minaba en lo más escarpado de una peña, de manera que no era posible que allí hubiese ni hubiera habido jamás entrada alguna.

Considerando el rey que la melancolía de su hija se debía a su deficiente ilustración, que le hacía admitir las más raras leyendas como si fueran historias ciertas, se propuso darle una cultura a la par de su belleza, para lo cual hizo venir al sabio más sabio de todos los sabios. Tan sabio era, que se le consideraba mago.

El anciano sabio fué el maestro de la hija del rey y tan en serio tomó el cargo, que a los pocos meses la bella niña era ya una perfecta profesora en una infinidad de materias.

Y a medida que pasaba el tiempo, la princesa no era solamente célebre en el reino por su belleza, sino también por su sabiduría. Y aunque muchos caballeros se desvivían por conversar con

ella y algunos deseaban pedirle consejos, ella trataba a todos con un frío desdén que desconcertaba y afligía a su padre.

La bella y sabia mujer esquivaba la presencia de todos hasta la del propio rey, que tanto la amaba. Y también su maestro se mostraba malhumorado y retraído.

Sospechando el monarca que el anciano maestro tuviera la culpa de la melancolía y el mal carácter de su hija, hizo llamar a éste a su presencia.

—La tristeza de vuestra hija —le dijo el sabio— no hay quien la pueda curar. Me pedisteis que la instruyera en todas las artes y las ciencias, y así lo hice. Pero a medida que su inteligencia se iba nutriendo, se iba secando su corazón. Y ahora sabe mucho, pero es incapaz de amar. Y como cada vez quiere saber más de lo que sabe, pretende ya lo imposible. Y yo no soy un genio para hacer de ella un hada poderosa como quiere ser.

—¿Y tú por qué te muestras también tan disconforme?

—Porque ya soy viejo y deseo descansar en mi lejano país. Quisiera que me devolvierais la libertad.

—Si mi hija no tiene inconveniente, puedes irte ahora mismo.

El maestro fué a ver a su bella discípula y ésta, al enterarse de sus deseos, se opuso firmemente y pidió hablar con su padre en el acto.



Estaba iluminado con una luz vivísima

LA ROCA ENCANTADA

Cuando estuvo ante el rey, dijo así la princesa:

—Poderoso señor y padre mío muy amado: no dejéis que mi maestro se vaya. El tiene en su poder el remedio para la tristeza que me mata, y quiere irse precisamente para no dármelo.

—¿Y qué remedio es ése? —preguntó el monarca.

—Las palabras mágicas que abren el palacio de las hadas al cual conducen los peldaños tallados en la roca del arroyo.

—¿Por qué no trasmites esas palabras a mi hija? —le preguntó el rey al sabio, en tono colérico.

—Porque esas palabras pueden ser la perdición de la princesa.

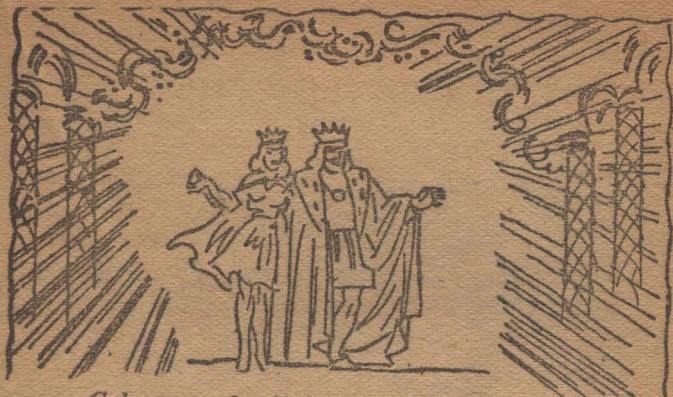
—No lo creo —dijo la muchacha—. El palacio al cual conduce la escalinata de la roca es el de las hadas y ellas me harían feliz con su poder inmortal, y sus riquezas os harían a vos, padre mío, el más poderoso de los reyes.

Un poco por curiosidad y un mucho por codicia, el soberano amenazó con colgar de la horca al anciano maestro, si no complacía a su hija.

—¿Cuándo pronunciarás las palabras mágicas?

—Esta misma noche a las doce en punto en el recodo del arroyo frente a la roca encantada.

Los tres concurren puntualmente a la cita. El anciano maestro se quedó un largo rato contemplando las estrellas y cuando comprobó que



Columnas de diamantes se elevaban...

era la medianoche, encendió una antorecha que llevaba consigo, sacó de entre sus ropas un pergamino lleno de extraños caracteres y empezó a leer en voz alta y pausada.

Apenas terminó la lectura, se oyó un ruido espantoso y se abrió una arcada amplia y magnífica en el lugar de la roca donde terminaba el peldaño más alto de la escalinata. Entonces el viejo sabio sacó un silbato de oro y lanzó un penetrante silbido.

—Podéis penetrar en el recinto de las hadas — les dijo al rey y a su hija —, pero no debéis permanecer en él más de una hora. Yo os daré la señal.

El monarca y la princesa no se hicieron repetir la orden. Subiendo por la escalinata, penetraron en el interior de la roca encantada. Apenas traspusieron el umbral, quedaron deslumbrados. El



Sintió heridos su corazón y sus



s por el objeto más agradable

recinto estaba iluminado por una luz vivísima que no se sabía de dónde procedía. Las paredes aparecían recamadas de piedras preciosas, y de la bóveda pendían guirnalda de perlas y esmeraldas. El piso era de oro macizo, y columnas de diamantes se elevaban formando arcadas maravillosas.

Se sintieron tan felices ante aquella riqueza y esplendor que no atinaron a pronunciar palabra. Y así pasó una hora que a ellos les pareció un minuto. El anciano maestro, desde afuera, se lo advirtió con un toque de silbato. Cuando el rey y su hija hubieron traspuesto la entrada, la roca volvió a cerrarse con el mismo estrépito ensordecedor de antes.

Entonces el anciano le dijo al monarca:

—Poderoso señor: como habéis visto, he cumplido con mi palabra. Cumplid ahora con la vuestra y permitidme ir a morir a mi lejana patria.

—Que decida mi hija —exclamó el rey.

—Os concedo la libertad —le dijo ella a su maestro— a condición de que dejéis en mi poder el pergamino que contiene las palabras mágicas, la antorcha que debe iluminarlas y el silbato que debe anunciar nuestra entrada en el recinto.

VI

LA PERDICION

Al día siguiente, haciéndose acompañar por una doncella, la princesa se dirigió al lugar de la roca. Cuando, leyendo en las estrellas, vió que habían



*La privó de las
joyas*

dado las doce, encendió la antorcha, leyó las palabras del pergamino y la roca se abrió con un estrépito tan terrible que su acompañante casi se desmaya del susto. Tocó la princesa el silbato de oro y penetró en el interior del recinto de las hadas.

Y ocurrió entonces que, entretenida con tantas maravillas, pasó la hora sin que se diera cuenta, y la roca se cerró con el mismo estruendo de antes dejándola a ella dentro. Y como en poder de la princesa estaban la antorcha, el pergamino y el silbato, nadie pudo volver a abrir la misteriosa puerta, y en el recinto de las hadas se quedó la ambiciosa muchacha, muriéndose de dolor en medio de tanta riqueza y no llegándose a morir

nunca, pues todavía está allí y lo estará eternamente, pagando con ello su desmedida ambición.

VII

EL AMOR DEL PRINCIPE

—Como ves, hija mía, no hay que ser ambicioso —terminó el padre de Grisélidis.

Desde aquel día el príncipe se sintió abrumado por la tristeza y el fastidio.

En la primera oportunidad regresó al bosque con el pretexto de la caza. Encontró una excusa para separarse de su séquito y se dió maña para encontrar la humilde vivienda de la pastora. Esta, según supo luego, se llamaba Grisélidis y vivía con su anciano padre, alimentándose ambos con la leche de las cabras. Grisélidis hilaba la lana de unas ovejitas que también tenía y confeccionaba las toscas prendas que les servían de abrigo.

Se enamoró tan ciegamente el príncipe de la humilde muchacha, que cuanto más la veía más la amaba. Un día reunió su consejo y habló de esta manera:

—He resuelto cumplir vuestros deseos: voy a casarme. Para que os resulte más grato, no he elegido a una extranjera, sino a una mujer de vuestro pueblo, hermosa, buena y digna de mí. Cuando llegue el momento, os diré quién será vuestra soberana.

A medida que se acercaba el día de la boda, crecía la animación en la corte.

Llegó la feliz jornada, y el pueblo se lanzó a la



*La princesita tenía
quince años...*

calle, ansioso de ver salir al príncipe de su palacio y conocer a la bella que debía acompañarlo en el trono. La guardia real contenía a duras penas a los curiosos que pujaban por acercarse a la puerta de la mansión. Las mujeres, ataviadas con sus mejores galas, codeaban y empujaban para hacerse sitio entre la muchedumbre.

Cuando sonó la hora anunciada, se oyeron dentro de palacio las agudas notas de clarinetes, flautas, tambores y trompetas. El príncipe no se hizo esperar. Rodeado de su corte, atravesó la plaza entre aclamaciones de la mul-

titud y se dirigió, como solía hacerlo casi a diario, al bosque donde iba a cazar.

VIII

EL CASAMIENTO

Sabedora Grisélidis de que el príncipe iba a casarse, se había puesto su vestido dominguero y se disponía a encaminarse a la ciudad cuando fué sorprendida con la llegada del soberano.

—¿Dónde vais? —le preguntó éste.

—Pensaba ir a vuestra boda.

—No tenéis por qué apresuraros tanto, pues mi boda no podrá celebrarse sin vos.

Le tomó con dulzura la mano, y clavando en los de ella sus ojos llenos de ternura, le dijo:

—Os amo, bella pastora. Sois la elegida de mi alma. Si os dignáis aceptarme, seréis la compañera de mi vida.

Luego, adoptando un aire de gravedad que asustó a la joven, añadió:

—Pero antes de que accedáis a mis deseos, quiero que juréis que no tendréis otra voluntad que la mía.

—¡Lo juro! —contestó resueltamente Grisélidis—. Aunque me hubiera casado con el hombre más humilde, lo hubiera obedecido.

Entró la muchacha en su cabaña, y tras ella entraron también las camaristas que ex profeso había traído el príncipe para que la ataviaran como corresponde a la esposa de un soberano.

Minutos después salió Grisélidis espléndida como el sol. Las sedas y joyas con que la habían adornado no hacían más que realzar su extraordinaria belleza. Al verla, los cortesanos prorrum-



Un caballero de la corte quedó prendado

pieron en aplausos y exclamaciones de entusiasmo.

IX

LA PRUEBA DE LA VIRTUD

Transcurrido un año, les llegó una hija a los enamorados príncipes. Era ésta tan hermosa, que el soberano no hacía más que mirarla.

Como en este mundo todo es pasajero, llegó un día en que el príncipe, ya fuese porque se hubiese entibiado su amor, ya porque se hubiesen despertado en su alma los antiguos recelos, empezó a poner en duda la sinceridad de los actos de su esposa. Le parecía la virtud de Grisélidis un lazo tendido a su buena fe. Sospechaba de todo y no creía en nada. Necesitaba convencerse de que sus dudas carecían de fundamento, y para conseguirlo echó mano de la violencia.

Para ello condenó a su esposa a la soledad, separándola de todos los placeres de la corte. Considerando que lo que más aman las mujeres son los vestidos y las joyas, la privó de ellos. Grisélidis, que tenía tanta honradez como resignación, sufrió sin la menor protesta los injustificados ultrajes de su esposo, entregándole sin chistar cuanto le pedía.

A pesar de tan ciega obediencia, el príncipe no se ablandaba.

—Comprendo la solidez de esa virtud fingida —se dijo un día—. Ya sé por qué resultan inútiles los medios de que echo mano. La he herido



Vestida como pastora abandonó el palacio

sólo en aquello en que no está su verdadero amor. Es necesario que haga un último esfuerzo. Lo que más quiere en el mundo es la princesita. Para realizar sobre su virtud una prueba definitiva, se la voy a arrebatat.

Y, dicho y hecho: terminaba la pobre madre de dar el pecho a su hijita, y ésta, recostada en su seno, jugaba y reía, cuando se le presentó el príncipe y le dijo:

—Aunque mucho amáis a la niña, necesito separarla de vos. Quiero que desde ya se la empiece a educar lejos de vuestros mimos, pues a vuestro lado podría adquirir rústicos modales. Una ingeniosa dama que conozco sabrá instruirla en la práctica de todas las virtudes y en el ejercicio de todas las artes.

Próximo a la corte había un monasterio a cargo de jóvenes religiosas. Allí, sin que se declarase su origen, fué depositada la princesita en cuyos deditos se habían colocado riquísimos anillos.

El príncipe, mientras tanto, trataba de alejar los remordimientos que sentía, dedicándose a la caza con más furor que nunca. Temía volver a ver a su esposa como se teme volver a ver a una fiera después que se le ha arrebatado su cachorro. De ahí que quedara muy sorprendido cuando un día que no pudo evitar ponerse en presencia de la princesa, la encontró más sumisa y cariñosa que nunca. Al recibir sus tiernas caricias no pudo menos de avergonzarse por su conducta. Sin embargo, todavía venció su arisco y desconfiado carácter.

Así fué cómo dos días después se presentó nue-



Sois mi esposo y señor...

vamente a la princesa y, entre lágrimas fingidas, le comunicó que su hijita había muerto. El inesperado golpe hirió ferozmente a la infeliz madre. No obstante, sobrepuso a su dolor su deber de esposa, y al notar que el príncipe, al verla llorar, palidecía, hizo lo posible por olvidar su desgracia y trató de consolarlo.

X

EL AMOR DE LA PRINCESITA

Mientras tanto la princesita crecía y con ella su talento y su modestia. Ya tenía quince años, y unía a la agradable y noble expresión de su padre, la belleza y la dulzura de Grisélidis.

Un joven caballero de la corte, apuesto y hermoso como ella, la vió un día asomada a una reja del monasterio y quedó prendado. No tardó la niña en comprender que era amada. Resistió al-

gún tiempo, pero terminó por corresponder a aquel cariño.

Al enterarse el príncipe se alegró en extremo. Hacía tiempo que había elegido al joven para yerno. Sin embargo, se apoderó de él el deseo de comprar con crueles tormentos al elegido de su hija la ventura que aspiraba.

Inmediatamente hizo pública declaración de que no teniendo hijos a quienes dejar la sucesión del trono, estaba decidido a casarse con otra mujer, repudiando a la que tenía. Añadió que ya había elegido esposa y que ésta era de noble cuna y estaba educada santamente en una casa de religión.

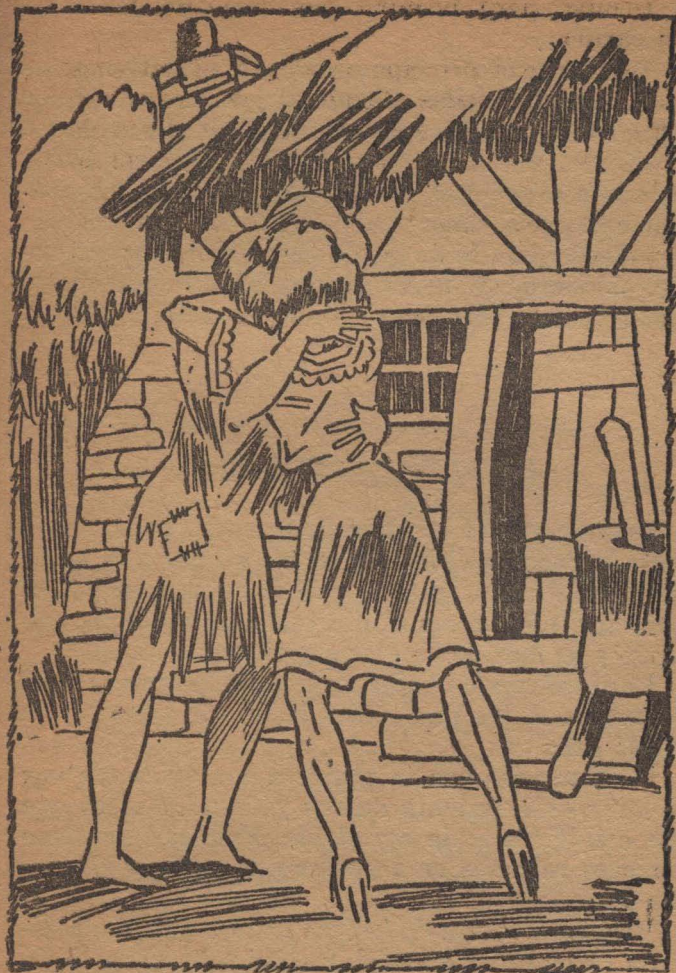
Es de imaginar cómo se entristecieron los jóvenes enamorados cuando se enteraron de que la mujer elegida por el soberano era la ignorada princesita.

Dispuesto el príncipe a llevar su plan hasta el fin, comunicó a su esposa que era imprescindible la separación, porque el pueblo, indignado por su plebeya procedencia, le obligaba a hacer un casamiento más de acuerdo con su rango. Y terminó con esta orden:

—Es necesario que volváis a vuestra antigua morada, después que os hayáis cubierto con el vestido de pastora con que os conocí. Ya está todo dispuesto.

La princesa escuchó con serenidad la cruel resolución y, sin que el dolor que le laceraba el corazón se trasluciera en su apacible rostro, dijo:

—Sois mi esposo y señor. Por lo tanto, aunque sea horrible lo que acabo de oír, os sabré demos-



Sintió renacer su maternal amor

trar que no hay para mí cosa más agradable que obedeceros.

Tanta humildad y grandeza de alma despertaron en el príncipe el sentimiento de su primer amor. Iba ya, conmovido, a suspender la orden de destierro, cuando el imperioso afán de ser firme en sus resoluciones, lo contuvo y obligó a responder con agrio tono:

—De lo pasado no queda en mí el menor recuerdo. Me complace veros arrepentida. Marchaos ya, que es hora de partir.

XII

EL ARREPENTIMIENTO

Cuando estuvo en su vieja morada, tomó Grisélidis la rueca y el huso y se fué a hilar a la orilla de aquel arroyo junto al cual la había conocido el príncipe. Cien veces al día pedía al cielo que colmase a su marido de gloria y riquezas.

Pero todavía no había terminado la crueldad del soberano. A los pocos días la mandó buscar y le habló así:

—Es preciso que la princesa con quien me voy a casar esté contenta de vos y de mí. Quiero que me ayudéis a serle agradable. Emplead vuestros mejores recursos en arreglar con gusto y elegancia su aposento.

Resplandeciente de belleza llegó a palacio la niña a quien Grisélidis debía servir. Al verla sintió la infeliz mujer renacer su maternal amor.



Arrepentido por los sinsabores que causé...

—Si mi hija no hubiese muerto —pensó—, sería tan bella y crecida como esta princesa.

Días después llegaron de todas partes príncipes y caballeros invitados a la boda. Cuando estuvieron todos reunidos en uno de los más amplios salones del palacio, el príncipe les dirigió la palabra.

—Nada —dijo—, después de la esperanza, es más engañador que la apariencia. Aquí tenemos un ejemplo. ¿Quién no creerá en este momento que mi prometida es la mujer más feliz del mundo? Nadie. Sin embargo, es la más desdichada de las criaturas. ¿Quién no creerá que Grisélidis está sumida en el más profundo dolor? Sin embargo, no se queja de nada y se resigna a todo. ¿Quién no creerá, en fin, que me siento satisfecho al contemplar los encantos de mi novia? En realidad, si sintiera el amor necesario para unirme a ella, sería un desventurado. Todo esto os parecerá un

enigma difícil de descifrar. Dos palabras bastarán para descubrirlo todo... Sabed que la hermosa princesa que suponéis mi futura esposa es mi hija, y la doy por compañera al caballero que hace tiempo la ama con pasión y es amado por ella con delirio. Sabed también que, arrepentido por los sinsabores que mi desconfianza causó a Grisélidis, la vuelvo a mi cariño, deseoso de que olvide, con una vida de eterno bienestar, el bárbaro trato a que la he sometido.

Ante tan sensacional declaración, renació la alegría en todos los corazones. La princesita se arrojó conmovida a los pies de su padre y lo abrazó con amor. Levantóla el soberano y besándola con afecto paternal, la condujo donde estaba Grisélidis, a quien tan súbita dicha había privado del conocimiento. La que había soportado los más atroces dolores con resignación, sucumbió a la alegría. Vuelta en sí, estrechó en sus brazos a la hija que había creído muerta.

Vistió nuevamente Grisélidis sus ricos trajes, y aquel mismo día se celebró la boda de la princesita.



SC
WJ
C-LA
14

EDITORIAL
TOR



CENTRO EDITORIAL

LA ABEJA

61

64